

Las operaciones comerciales entraban en las vías normales, y la plaza de Barcelona se reponía de los efectos del pánico que se inició. El gobernador de la provincia publicó anteayer una declaración asegurando a los barceloneses que la crisis estaba salvada y que el gobierno velaba por todos los intereses del país.

El Sr. Sánchez, contador que fué del teatro de Variedades de esta corte, ha solicitado y alcanzado del distinguido Sr. Vila y Gorrí, que por una señalaposta favor á la señorita Civil, y una proclama de deferencia al público de Zaragoza, ha de concertar que esta actriz estrene en dicha ciudad la tragedia española *Medea*, obra escrita expresamente para la eminente actriz.

SEGUNDA EDICION.

El Sr. Alonso Martínez ha hecho dimitir al Sr. Cardenal de la corte, ha solicitado y alcanzado del distinguido Sr. Vila y Gorrí, que por una señalaposta favor á la señorita Civil, y una proclama de deferencia al público de Zaragoza, ha de concertar que esta actriz estrene en dicha ciudad la tragedia española *Medea*, obra escrita expresamente para la eminente actriz.

La supresion de los créditos extraordinarios y suplementarios.

El Sr. Salaverria rectificó. El Sr. Uragon rectificó tambien. Se procedió en seguida á la votacion nominal del voto particular, y fué desechado por 142 votos contra 61.

CONGRESO, 28 (por la noche.)

La sesión empezó á las nueve bajo la presidencia del Sr. Ardanaz. El Sr. Cardenal pidió los documentos relativos á las negociaciones que haya habido entre el ministro de Hacienda y el banco de España para anticipo de fondos.

Basta leer los últimos renglones del párrafo anterior para comprender que los cálculos hechos no tienen hasta ahora fundamento, puesto que se desconoce el número de los senadores que asistieron á dar su voto.

El Sr. Salaverria rectificó. El Sr. Uragon rectificó tambien. Se procedió en seguida á la votacion nominal del voto particular, y fué desechado por 142 votos contra 61.

CONGRESO, 28 (por la noche.)

La sesión empezó á las nueve bajo la presidencia del Sr. Ardanaz. El Sr. Cardenal pidió los documentos relativos á las negociaciones que haya habido entre el ministro de Hacienda y el banco de España para anticipo de fondos.

En la Bolsa de hoy se han cotizado los fondos á los precios siguientes: Los fondos españoles no se han cotizado.

| Efect. públicos | Ult. pr. | Ult. pr. |
|-----------------|----------|---------------------|
| Cons. al cont. | 84-40 | De á 2000.... 00-00 |
| Id. fin demes | 00-00 | De jun. 2000. 00-00 |
| Id. fin próx. | 00-00 | De agos. 2000 00-00 |
| Id. al cont. | 31-10 | De mar. 2000 00-00 |
| Id. fin cor... | 31-50 | De julio 2000 00-00 |
| Amort. de 1.ª | 00-00 | Obras publi. 00-00 |
| Idem de 2.ª | 00-00 | Can. Isabel I 00-00 |
| Personal..... | 18-00 | Oblig. del E. 64-00 |
| Billetes hip. | 64-00 | Ban. de Esp. 101 |
| Carret. y soco. | 00-00 | Créd. de Esp. 1,900 |
| De abril 4000 | 00-00 | Id. mov. esp. 1,900 |

CAMBIOS: | Londres 90 d. fecha. 48-75

| |
|--|
| ESPECTACULOS PARA HOY. |
| Teatro del Principe.—A las 8 1/2.— <i>Bienaventurados los que lloran.</i> —Baile. |
| Teatro del Circo.—A las 8 1/2.— <i>Mari-Hernandez la gallega.</i> —Baile. |
| Variedades.—A las 8 1/2.—Gran funcion extraordinaria de la célebre prestidigitadora mademoiselle Benita. |
| Circo del Principe Alfonso.—A las 8 1/2.—Variadas funciones de ejercicios ecuestres y gimnásticos. |
| Campes Eliseos.—Teatro Rossini.—A las 8 1/2.—Primer turno, tercera de abono.— <i>Roberto el diablo.</i> |

DIARIO DE MADRID.

Santo del día 29.—San Maximiano obispo y confesor.

Guitos.—Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de monjas de San Fernando, donde por la mañana habrá misa cantada, y por la tarde vísperas y reserva.—Continúa la novena de la Virgen del Amor Hermoso en Santo Tomas, y predicará en la misa mayor D. Basilio Sanchez Grande, y por la tarde en los ejercicios D. Benito Sanz y Forés.—En San Luis y en San Antonio de los Portugueses habrá misa cantada á las diez y por la tarde se hará la novena de San Antonio.

de pádua en los términos que los merites anteriores.—Continúa la novena de la Virgen de las Flores en el oratorio del Espíritu Santo, y oirá el sermón por la tarde D. Ambrosio de los Infantes.—Prosigue la devoción del Mes de María siendo oradores: en Monserrat D. Juan Guerra, en las Carboneras D. Luis Crespo, en San Isidro D. Manuel Gonzalez, y en San Antonio del Prado D. Modesto Rodriguez.

Visita de la Corte de Maria: Nuestra Señora de Monserrat en su iglesia, ó la de la Cabeza en San Ginés.

Orden de la plaza.—Servicio para el día 29.—Señor brigadier de día: Escelentísimo señor D. Florencio Geruti y Pastor.—Parada: Quinto Artillería á pié y cazadores de Cataluña.—Jefe de día: Señor comandante del Quinto regimiento á pié D. Joaquin Valcarlos y Velasco.—Visita de Hospital: Principe de infantería, quinto capitán.—Reconocimiento de provisiones: Asturias, sétimo capitán.—El general gobernador, Carvino.

ANUNCIOS.

MÚSICA.
Ejercicios de entonacion y medida, aplicables á todos los métodos de solfeo, por D. José Pinilla, profesor primer premio del Conservatorio de Madrid.

las bellezas que tan pródigamente la naturaleza le había concedido; pero el amor no había hablado aun á mi corazón, y en nuestras precedentes conversaciones, nada, desde la escena del pescador, había podido descubrir la pasión cuyo imperio debía reconocer muy pronto.

Una palabra iba á hacer saltar la chispa, pero esta palabra aun no había sido pronunciada cuando nos instalamos en el wagon del camino de Strasburgo á Bale.

La duquesa estaba pensativa, y á os lo he dicho, y yo por mi parte me entregaba cuerpo y alma al spleen que de nuevo había clavado sus garras de acero en los lóbulos de mi cerebro.

Cuando la conversación se reanimaba entre nosotros, me dejaba llevar por la corriente de las ideas que me dominaban, y del disgusto que sentía por la vida llegaba, mas ó menos pronto, hasta la apología de la muerte.

La duquesa me escuchaba mirándoseme con ojos espantados.

Para convencierla la detallé lo que me pasaba y la conté mi decidida resolución de abandonar la tierra, sin perdona ni aun el medio que había resuelto emplear para hacer mi escurcion al otro mundo.

Cuando concluí, no me respondió. Algunos momentos despues desvió la conversacion; pero no me dijo nada para combatir mi determinacion.

Por fin pasamos la última estacion y solo algunos minutos nos separaban del término del viaje. Ya el silbido de la locomotora nos anunciaba la proximidad del desembarcadero, cuando la duquesa, tomándoseme bruscamente la mano y mirándome con fiereza:

—Sir Williams, dijo, hace poco nos bromeabais cuando me hablasteis de esos horribles proyectos?...

—No conozco nada mas serio que mi resolucíon, señora, la conteste.

—¿Cómo! ¿Queréis morir? —¡Sí, señora!

—¿Nada os liga, pues, á la tierra? —¡Nada!

—¿Ni un amor, ni un recuerdo, ni siquiera la menor esperanza? —Si mi corazón poseyese un recuerdo, mi mi cerebro se meciese en una esperanza, evidentemente no me cansaria la vida y me quedaria en este mundo para acordarme y para esperar.

En este instante llegabamos á Bale.

Ofrecí la mano á la duquesa y saltó ligeramente á tierra.

—¿Ahí está el carruaje de D. Luis, me dijo designando una elegante carretela estacionada en el patio del desembarcadero. Sin duda, está mi cuñado...

—Permitidme, señora, que os acompañe hasta su lado, la interrumpí reteniendo el brazo que ya iba á soltar.

Atravesamos la corta distancia que nos separaba de la puerta de salida.

Llegados á ella, la duquesa se detuvo: —Sir Williams, dijo rápidamente y en voz baja, os prohibo morir. Os lo prohíbo, ¿entendéis? No contestéis Me habeis dicho que necesitabais, para vivir, un recuerdo y una esperanza: pues bien, hé aquí el recuerdo, os mando que vivais!

Y dejando resbalar su brazo sobre el mio, puse en mi mano algunas flores de myosotis que un niño la había ofrecido en la estacion de Mulhausen.

Me quedé estupefacto y sentí que la sangre se me agolpaba á la cara. Mi pecho me pareció un momento demasiado estrecho para contener los latidos de mi corazón. ¿Y la esperanza? Esta pregunta creo que mas bien la hizo el deseo de mi voluntad que el sonido de mi voz, de tal modo fué apagada é ininteligible.

La duquesa no me respondió. Me dejó bruscamente y se lanzó al próximo salon.

Un grave personaje, el mismo que habeis visto esta noche en su palco, se adelantó hácia ella y la besó la mano.

La duquesa se volvió hácia mí.

—Milord, dijo, tengo el honor de presentáros al señor duque de Sandoval, mi cuñado.

Despues, mientras que hacía yo al duque un profundo saludo, le enumeré mis nombres, títulos y cualidades. D. Luis se inclinó saludándome á su vez.

—El señor, continuó designándome, ha sido para mí un amable compañero de viaje; al cual debo dar infinitas gracias, por las muchas atenciones que se ha dignado prodigarme.

—Tendré el honor de ir á despediros mismo, milord, dijo firmemente D. Luis. Permitidme que os pregunte á qué hotel ireis á parar.

Mientras me hablaba el duque, yo no quitaba la vista de su cuñado. La vi que se estremeció y que se puso muy pálida, pero todo ello no duró más que un segundo.

A poco, volviendo á tomarla donde la había interrumpido para dirigirme tan extraña pregunta, continuó:

—Yo no conocí al duque de Sandoval, cuando llegué á Rio-Janeiro con mi madre, pues había perdido á mi padre algunos años antes. Cuando se me presentó, yo tenía diez y siete años, y él unos cuarenta. A la primera entrevista, espériménté cierta repulsiön. Ocho dias despues, durante los cuales tuve ocasion de apreciar sus esquisitas cualidades, había variado de opinion. Al décimo nos casaron. La misa se celebró á las doce; á la una y media ya era viuda. D. Luis no asistió á la ceremonia. ¿Vos no sois casado, milord? —No, señora.

—Nos habiamos vuelto á sentar. La duquesa se levanto de nuevo, yo la imité; se apoyó en mi brazo y dimos algunas vueltas en silencio.

Mientras pasábamos, me perdía en conjeturas sobre el singular carácter de esta joven, y buscaba en vano la clave de enigma tan enocantador.

Sentía de cuando en cuando el estremecimiento de su brazo, y veía que sus aterciopeladas pupilas brillaban á veces como el diamante.

—¿Estais indispuesta, señora? la pregunté.

—Un poco; me respondió.

—¿Queréis que llame á vuestras doncellas? —¡No, gracias! Es inútil; ya se me va pasando. Tenia necesidad de andar, y de pedir os un favor.

—¡Hablad, señora.

—No me recordéis nunca la época de mi matrimonio, no me preguntéis jamás sobre este asunto, ni me habeis en fin, del objeto del viaje que hago, ni por la causa que lo he determinado. Vos lo ignoráis, no tratéis de saberlo. ¿Me lo prometeis? —Os lo prometo, señora.

—Está bien. Son las once, bajaremos á almorzar.

X.

En Coblenza.

Para que comprendais mejor lo que tengo que referiros, mi querido Roberto, es preciso que sepáis que en la época de que os hablo, acababa de sufrir el Rhin una avenida que hacía su navegacion muy difícil para los buques que remontaban su curso.

Todo lo que nuestro barco pudo hacer fué llegar á prima-noche á Coblenza. Debiamos salir al dia siguiente á las seis de la mañana.

Yo había resuelto acompañar á la duquesa hasta Bale, lo que nada tenía de extraño; pero como recordais, mi intencion era ir á Suiza.

La duquesa se instaló en una habitacion del hotel. Debiamos volvernos á ver al dia siguiente á bordo.

El carácter de la linda viajera, sus singulares reticencias, las profundas distracciones en que de repente se sumergía, la esperiencia que parecía tener de las cosas del mundo, á pesar de sus diez y nueve años, la promesa que me había exigido respecto á su matrimonio y á su viaje, la estrañeza que había precedido á esta union y la catástrofe que en un momento la había hecho casada y viuda, conservándola su virginal pureza, todo esto no podreis menos de convenir en que se prestaba singularmente á la reflexion.

Evidentemente había un misterio en su vida, y por mas que murmuraba en voz baja el coro de *La dama blanca*, no encontraba la conveniente explicacion.

Vosotros los franceses, que juzgais siempre por las apariencias, vosotros no comprendéis á la mujer de los países meridionales.

Casi todos los compatriotas vuestros que hacen un viaje á España ó á la América española, no dan veinte pasos por la calle de cualquier ciudad sin sorprenderse de las conquistas que creen haber hecho.

No saben que esta provocacion de miradas, que esta libertad de maneras, que esta coqueteria que se observa en las mujeres de los países de que os hablo, son las cosas más ordinarias y más banales del mundo.

Os digo esto, Roberto, á fin de que me comprendais y que vuestras suposiciones no se separen de la verdad, cuando añada que al fin de este dia, que pasábamos por primera vez juntos la duquesa y yo, nos encontráramos perfectamente uno al lado del otro, y que para cualquier estraño podría muy bien parecer que nuestra amistad databa ya de algunos años.

Habiamos hablado de todo, de esos mil cosas que, sin embargo, hacen hablar, y la duquesa había dado pruebas de un talento de primer orden.

Para abreviar, querido; esta mujer po-

